

nio emprendedor de su padre, dicen; hubiera podido ser peligroso; pero trataba más bien de conservar sus estados por medio de la paz que de ensancharlos por medio de la guerra (1). No es esto decir que el rey de España no tuviese ambición; sus empresas en Portugal, en Francia y en Inglaterra prueban que seguía fiel á la divisa de su familia: *plus ultra*; pero le faltaba el genio de las conquistas. Su poder, aunque no tan grandé como se le ha creído, hubiera sido terrible para Europa, si hubiera sabido utilizarlo. No supo, como lo hace notar un contemporáneo, ni áun sacar partido de la fortuna. Cuando encontró adversarios tales como Enrique IV é Isabel, su fortuna se acabó (2), y en definitiva, fracasó en todas sus empresas.

Para explicar el fracaso de Felipe II se dice que abarcó demasiadas cosas á la vez, que su ambición carecía de objeto, porque pretendía lo imposible. Esto es verdad; desperdió sus fuerzas en Francia, en los Países Bajos y en Inglaterra, al paso que debió haberlas concentrado. De ahí resultó que en lugar de conquistar las coronas de Francia y de Inglaterra, perdió la mitad de los Países Bajos. Pero al censurar al rey de España por haber esparcido sus esfuerzos por toda la cristiandad, no se ha tenido en cuenta que era una necesidad de su posición. Defensor de la fe católica, estaba obligado á intervenir en todas partes en donde había lucha entre el catolicismo y la Reforma; su ambición era universal, porque era el órgano de una Iglesia que quería conquistar la dominación universal. Así, pues, el catolicismo, que constituía la fuerza de Felipe II, fué también la causa de su debilidad. Su grandeza estaba ligada á la reacción católica; si hubiese salido victorioso, el rey de España hubiera sido el rey de la cristiandad; se hubiera realizado el ideal de la Edad Media: un Dios, un papa, un rey. Pero la reacción católica no podía triun-

(1) SORIANO, *Relazione*, 1559 (ALBERI, I, 3, 379).—GIOVANNI MICHELI (*ib.*, I, 2, 337).—GACHARD, *Relaciones de los embajadores venecianos*, p. 124.

(2) Del Estado de la Francia, por MICHEL HUREAU, nieto de L'HOSPITAL (*Memorias de la Liga*, t. III, p. 37): «En todas partes ha sido afortunado, porque en ninguna parte ha encontrado nadie que pudiera hacerle daño, y áun así no ha hecho gran cosa. Ahora (1588) que tiene enemigos dignos de sus fuerzas, veremos lo que hace en Inglaterra con todo ese grande aparato. Veremos si conserva todavía esa gran fama de afortunado.»

far sobre el protestantismo; por esta razón Felipe II debía fracasar. Hay más: la obstinación fanática que empleó en defender la religión del pasado, produjo la decadencia de la España. La libertad intelectual, la libertad civil y política, son una condición de vida; aquel que quiere detener el movimiento progresivo de la sociedad ó volverla con violencia al pasado, la mata, en cuanto es permitido al hombre destruir la obra de Dios. Al cerrar la España á las ideas nuevas que regeneraban la Europa, Felipe II le quitó el aire vital y extendió las semillas de esa soñolencia secular que tanto trabajo cuesta sacudir á la nación española. Sin embargo, la decadencia no se manifestó más que á la larga. Felipe II fué realmente hasta la muerte el jefe de los católicos en toda Europa; en este sentido, puede decirse que ha sido monarca universal. Pero por lo mismo que los corazones de todos los católicos latían por el rey de España, los estados que amaban la libertad religiosa, ó al menos su independencia, debían reobrar contra una dominación que los amenazaba: de aquí la rivalidad constante de la Francia y de la Inglaterra.

§ II.—Rivalidad de Francia y España.

N.º 1.—Disputas sobre la preeminencia.

En 1552, el rey Fernando de Austria, resentido de que los protestantes habían obligado al emperador á firmar el convenio de Passau, escribió á su hermano que debía vengarse en el rey de Francia y castigarle como al autor del mal. Carlos V le respondió que indudablemente la Francia era la causa de todas las perturbaciones de Alemania, pero que Fernando se engañaba grandemente si creía que era tan fácil castigar á Enrique II; que en cuanto á él, no se formaba ilusión alguna, y lo consideraba como imposible (1). El enviado veneciano Michele Soriano formó, algunos años más tarde, el balance de las dos potencias, y halló que se equi-

(1) LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl V*, t. III, p. 324 y sig.

libraban perfectamente. «El rey de España, dice, tiene muchos reinos, pero están separados y desunidos. El rey de Francia no tiene más que un solo reino, pero completamente unido y obediente. Los súbditos del rey de España son más ricos; los del rey de Francia están más prontos en servir á su rey. Respecto á los ejércitos de tierra, apénas hay diferencia; la España tiene una marina más considerable, pero la Francia la compensa con exceso por la alianza turca» (1).

La España tenía á su favor la apariencia de una dominación universal; el orgullo de la raza española se exaltó hasta despreciar á todas las naciones extranjeras; la gloria de sus altos hechos llenaba ambos mundos; su lengua, sus usos, sus costumbres invadían la cristiandad; no había límite á sus ambiciosas pretensiones (2). Los franceses tenían también su vanidad nacional; creíanse la primera nación del mundo (3), trataban á los españoles de advenedizos, y oponían á su ortodoxia reciente los servicios prestados durante siglos por los reyes cristianísimos á la religión y á la Iglesia. Oigamos al embajador de Francia en Constantinopla; escribe al embajador de Francia en Venecia: «No hay hoy nadie, por poco espíritu que tenga, que no confiese que los embajadores del rey de Francia han sido en todos conceptos preferidos á los de los demás príncipes.» Atribuye esta preeminencia «tanto á la grandeza y antigüedad de aquella noble corona, como á haber implantado nuestra santa fe en la mayor parte del Asia y del Africa, y en toda la Europa.» El diplomático francés trata á los españoles de judíos y de moros, á quienes los ejércitos de los reyes de Francia han obligado á bautizarse, «con lo que en vez de hacerse humildes y agradecidos, se muestran maravillosamente ingratos» (4).

Los embajadores empezaban á desempeñar un papel en el si-

(1) SORIANO, *Relazione* (ALBERI, I, 3, 375).

(2) LANGUET, *Epist. ad Sydnæum*, p. 333: «*Qui dicunt regem Hispaniæ non esse ambitiosum, aliquid dicunt, verum gens ipsa est ambitiosissima et aliarum gentium contemptrix.*»

(3) LIPOMANO, *Relazione*, 1577, en TOMASEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, t. II, p. 568.

(4) CHARRIÈRE, *Negociacirnes de la Francia con el Levante*, t. II, p. 477, nota.

glo XVI. Sus disputas de preeminencia nos parecen hoy mezquinas y hasta ridículas; para poderlas apreciar, hay que dejar la forma y penetrar en el fondo de las cosas. Las naciones se hallaban en estado naciente, y sus primeras relaciones fueron hostiles; era preciso en aquella ardiente lucha conservar su lugar, su dignidad; era una cuestión de punto de honor nacional, tan vivo y tan importante como el punto de honor individual. En efecto, la preeminencia de los embajadores señalaba la consideración de que gozaban los príncipes en la república cristiana. La España y la Francia pretendían el primer lugar después del emperador que, como jefe temporal de la cristiandad, tenía una preeminencia honorífica sobre los reyes. Donde quiera que se encontraron sus embajadores, la rivalidad de las dos naciones se manifestó (1). En 1558, el enviado de Felipe II en Venecia reclamó la preeminencia sobre el enviado de Francia; no se desdeñó de recurrir á la astucia para triunfar sobre los rivales que la disfrutaban. Vargas se presentó en calidad de embajador de Carlos V, emperador. Se le respondió que Carlos V había abdicado. Entonces el orgulloso español sostuvo que Felipe II debía tener la precedencia, ó al menos, la igualdad con el rey de Francia. El embajador francés se opuso á aquellas exigencias inauditas; probó que su señor estaba en posesión inmemorial; invocó la grandeza y la dignidad del rey cristianísimo; en fin, amenazó con abandonar á Venecia si no se accedía á sus justas pretensiones. El Senado falló á favor del rey cristianísimo (2).

La vanidad de los franceses no quedaba satisfecha más que á medias; sufrían por tener que someterse á la decisión de una república de comerciantes: «No corresponde á ellos, dice *De la Vigne*, embajador en Constantinopla, el dar ó quitar los honores á tan elevados príncipes, siendo más de su competencia el medir va-

(1) Carta de Francisco II á su embajador cerca del Emperador, 1560 (*Negociaciones relativas al reinado de Francisco II*, p. 504): «Parece que los Españoles han deliberado el debatir la precedencia de punta á punta de la cristiandad.» Hubo disputas acerca de la precedencia en Roma, en Venecia, en el concilio de Trento y en Suiza. (FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. II, página 66-69.)

(2) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 730-742.

ras de tela ó dirigir un navío que semejantes materias» (1). La disputa se renovó en el concilio de Trento. Lansac, embajador de Francia, tenía instrucciones para sostener á toda costa el honor del rey cristianísimo: «Y así como los embajadores del rey católico han disputado en muchas ocasiones el lugar de los embajadores del rey, nuestros embajadores se guardarán muy bien de admitir en el concilio, ni en otros lugares ó actos en que se trate de ocupar puestos de honor, otro lugar que el primero despues del embajador del emperador. Y si acaso les fuere disputado, declararán absolutamente que no lo consentirán jamas, y que el rey y su reino no aprobarán nada del concilio, y ordenarán á los obispos de Francia que se ausenten inmediatamente» (2). El embajador de España no dejó de reclamar el primer lugar sobre todos los reyes (3), «en razon de la grandeza de sus Estados y de la vasta extension de su poder» (4). El papa favorecia secretamente á Felipe II porque era el defensor del catolicismo, al paso que en Francia la herejía ganaba terreno diariamente (5); además, el rey de España era el más fuerte á la sazón, y en Roma se adora la fuerza más que en cualquiera otra parte. Pero no atreviéndose los legados á chocar de frente con el rey cristianísimo, trataron de dar la precedencia al embajador de España por medio de una sorpresa. No habian contado con la irritabilidad francesa. Los embajadores prepararon una violenta protesta contra Pío IV; le acusaron de sembrar la discordia entre los principes para realzar su propia autoridad sobre los concilios: recordando los servicios que los reyes de Francia habian prestado á la Santa Sede, echaron en cara al papa una cruel ingratitud, pues que pisoteando la justicia y la equidad se aprovechaba de la minoridad de Carlos IX para despojarle con disimulo de su categoría; declararon que los obispos franceses abandonarían el concilio y que la Francia no admitiría

(1) Carta de DE LA VIGNE al obispo d'Acqs, embajador en Venecia. (CHARBIÈRE, *Negociaciones*, t. II, p. 477, nota.)

(2) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. V, p. 155.

(3) RAYNALDI, *Annales ad a. 1563*, núm. 94: «*Omnibus ut regibus loco et honore praeferantur.*»

(4) DE THOU, *Historia universal*, lib. XXXI.

(5) RAYNALDI, *Annales ad a. 1563*, núm. 106.

sus decretos (1). Esto era una amenaza de cisma; el papa ya lo creia realizado, y el ejemplo del rey cristianísimo hubiera sido contagioso. El santo padre conjuró la tempestad cediendo á la furia francesa; pero cediendo á la Francia, descontentó á la España. El embajador de Felipe II sostuvo que el primer lugar correspondia al rey católico, en razon de la inmensidad de sus Estados, y principalmente por el celo que tenía por la propaganda de la religion y por la defensa de la Iglesia; protestó contra todo fallo que reconociera la preeminencia, ni aún la igualdad al rey cristianísimo; hizo al papa responsable de todas las desgracias que pudieran resultar de su sentencia, tanto para la Santa Sede como para la cristiandad (2).

Hé aquí el lenguaje que el rey cristianísimo y el rey católico se atrevían á usar con el vicario de Cristo en el seno de un concilio general, cuando el papa heria el orgullo del uno ó del otro. Nada prueba mejor la importancia de las nacionalidades. El concilio de Trento se habia convocado para devolver la paz y la unidad á la cristiandad desgarrada por la Reforma; no habia, á los ojos de los creyentes, autoridad más elevada en la tierra, puesto que sus decretos eran considerados como obra del Espíritu Santo. Sin embargo, el rey cristianísimo hollaba, no sólo el respeto debido al concilio, sino tambien el poder del santo padre, en cuanto se trataba de su honor; ponía su rango de primer príncipe de la cristiandad por encima de los intereses de la religion y de la Iglesia: ¡perezca la fe, con tal que el rey de Francia tenga la precedencia sobre el rey de España! Las palabras de Felipe II, aunque ménos vivas en la forma, eran tan irrespetuosas en el fondo: él tambien preferia sumir á la cristiandad en la discordia, y la perturbacion á renunciar á la precedencia. Es claro como la luz que estos no son sentimientos cristianos; no por eso son ménos legítimos. Hay un principio que domina aún á la fe, el de la personalidad, lo que se llama honor y dignidad, porque es el elemento vital de los hombres y de los pueblos. El orgullo nacional tal cual se manifestó en el siglo XVI, es la exageracion de este sentimiento, pero es respe-

(1) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. VI, p. 116-120.

(2) DE THOU, *Historia universal*, lib. XXXVI.

table hasta en sus excesos. Lo que tenía de exagerado había de gastarse en la lucha; después de haber pretendido cada cual á su vez la preeminencia, acabarán las naciones por reconocer que ninguna tiene superioridad sobre las demas, que la igualdad es la ley de sus relaciones, y que deben fundar su gloria en cumplir la misión que Dios les ha impuesto en la vida general de la humanidad.

N.º 2.—*Las fronteras naturales.*

La rivalidad de los embajadores es la imágen de la lucha de las dos naciones. Pudiera creerse que la Francia, desgarrada por las guerras religiosas y gobernada por niños, no podía pensar en rivalizar con su poderoso vecino. Sin embargo, la rivalidad no tuvo tregua, á pesar de la debilidad de los reyes, á despecho del fanatismo católico, que de buen grado hubiera sometido la Francia á la España á fin de asegurar el triunfo de la antigua ortodoxia. El sentimiento nacional triunfó sobre las pasiones religiosas; dió fuerza á los príncipes más débiles que han reinado sobre un gran pueblo. ¡Qué importa que la raza real esté en decadencia y que se extinga! Va á ser sustituida por una sangre más generosa, por una familia más emprendedora, que terminará la obra secular de la ambición francesa, poniendo en manos de los reyes de Francia aquella monarquía cuyo cetro había tenido por tanto tiempo la casa de Austria.

El principio del reinado de Felipe II fué señalado por victorias sobre la Francia. En lugar de permanecer fiel á la tregua de Vaucelles, que le garantizaba la posesión provisional de sus conquistas en el Piamonte, Enrique II se dejó arrastrar por Pablo IV á una nueva aventura en Italia: soñaba con la posesión de Milan y de Nápoles. La expedición fracasó. En Flándes, la guerra fué más desgraciada todavía; la derrota de San Quintín obligó al rey á firmar la paz de Chateau-Cambresis, que quitó á la Francia todas sus conquistas italianas. Tal fué el resultado de la falsa política que durante más de medio siglo se había propuesto un objeto imposible, el engrandecimiento de la Francia en Italia. Renunciar á esta ambición, y renunciar forzosamente, era decaer y de-

jar á España la preponderancia que las dos naciones se habían disputado con tanto encarnizamiento. Por tanto, la paz fué amargamente censurada por todos aquellos que tenían sangre francesa en las venas. El sábio *Pasquier* maldice la espada fatal que Pablo IV envió á Enrique II, como defensor de la Santa Sede; maldice la paz que de un plumazo despojó á la Francia de las conquistas que había hecho durante treinta años; dice que ha buscado en vano en la historia un tratado tan vergonzoso, que es menester descender hasta el Bajo Imperio para encontrar una paz que pueda compararse á la de Chateau Cambresis (1). *Tavannes* la censuró como soldado y como político: «Se hizo allí traición á los asociados; los capitanes fueron abandonados á sus enemigos; la sangre, la vida de tantos franceses despreciadas, ciento cincuenta fortalezas devueltas, por sacar de la prisión á un viejo condestable y desembarazarse de dos hijas de Francia, lo cual fué una pobre manera de disimular la cobardía.» *Tavannes* añade que si la paz no encendió las guerras de religion, al ménos las fomentó, licenciando tantos capitanes y gente de guerra que por ocuparse en algo fueron á alistarse entre los hugonotes (2).

Aquella paz tan maldita devolvió, sin embargo, á la Francia la ciudad de Calais, último resto de la dominación inglesa en el continente. Esto era una especie de indicación de la verdadera política de la Francia; la lucha contra la España estaba en la fuerza de las cosas, pero era preciso combatirla en las fronteras, para extenderlas en lugar de pelear en Italia sin utilidad. Las guerras de religion que desolaron á la Francia durante la segunda mitad del siglo XVI, tuvieron al ménos la ventaja de poner fin á la loca política de sus reyes y de preparar su futura grandeza, dando un objeto más inmediato y más realizable á su ambición. Esta gloria corresponde á los hugonotes. Las luchas religiosas no suspendieron más que en la apariencia la rivalidad de la Francia y de la España; continuó bajo el disfraz de la religion. Desde el origen de las guerras civiles, los católicos apelaron al rey católico por excelencia; el fanatismo imponía silencio á la voz de la

(1) PASQUIER, *Cartas*, IV, 2; XV, 19.

(2) *Memorias de TAVANNES*, en PETITOT, t. XXIV, p. 241.

patria. Para destruir la Reforma, los Franceses católicos, al menos los celosos, estaban prontos á poner la corona de Francia á los piés de Felipe II. Esta vergonzosa desercion despertó el sentimiento nacional en el partido contrario. Los hugonotes tomaron sobre sí la causa de los intereses y de la grandeza de la Francia, que los católicos sacrificaban á la dominacion del catolicismo. De las filas de la Reforma salió el grito de patriotismo, tratando de unir á todos los Franceses contra el Español: «Pueblo, exclama *du Plessis-Mornay*, se quiere vender al Español nuestro país y arrojar á la Francia fuera de la Francia, para hacer habitaciones para la España..... Unase lo que queda de Frances en Francia contra esta maldita conspiracion. No haya entre nosotros papistas y hugonotes; no se hable entre nosotros por todas partes más que de Españoles y Franceses.»

El interes de los hugonotes se confundia con el de la Francia, porque el enemigo del nombre frances era tambien el enemigo mortal del protestantismo. Bajo la influencia de estos sentimientos se desenvolvió la política de los reformados. Su ilustre jefe, el almirante Coligni, queria que la Francia atacase á la España en los Países Bajos, y que extendiese por esta parte sus fronteras hasta el Escalda. Estas miras del partido hugonote están expuestas en la Memoria redactada por *du Plessis Mornay* y dirigida al rey. Era conviccion general que para cegar las fuentes de las guerras civiles era preciso emplear en una guerra extranjera las exuberantes fuerzas de una nacion militar, que, á falta de enemigos en el exterior, desgarraba sus propias entrañas. Pero no bastaba á los severos discípulos de Calvino que la guerra contra España fuese útil; se preguntaban ante todo si era justa. *Du Plessis* prueba, y la cosa no era difícil, que Felipe II no habia dejado ni un instante, desde la paz de Chateau-Cambresis, de ser el enemigo de la Francia; que le habia hecho la guerra más peligrosa, alimentando los furios civiles por medio del auxilio que prestaba á los católicos. El rey de España pretendia que habia intervenido á título de amigo. «Singular amistad», dice *Mornay*. «¿Puede considerarse como buen amigo de nadie, al que viendo á su amigo arrebatado por la pasion hasta el punto de querer darse la muerte, le pone la daga en la mano para deshacerse de él? ¿O lo es más

bien el que se niega á dársela mientras la cólera no haya cedido á la razon? Son antiguas astucias el fomentar la guerra en un estado vecino, mientras el partido vencido nos llama en su auxilio, ó mientras los dos exánimes se ven obligados á recibirnos.» Falta saber si conviene atacar á España en Italia ó en los Países Bajos. Aquí se manifiesta la política nueva inaugurada por los hugonotes: «Para Italia, hay que pasar los Alpes, y todo el mundo sabe que áun cuando aquel país haya sido regado con nuestra sangre, jamas han podido florecer bien en él las lises. Es menester, señor, empezar la guerra en los Países Bajos, donde el pueblo os llama, donde la ocasion os invita, donde la division os abre las puertas de las ciudades..... Precisamente iriais por las justas pretensiones que teneis sobre Flándes, Artois y Hainaut, á las cuales solamente la adversidad ha hecho renunciar á vuestros predecesores, y conseguiriais fácilmente vuestro objeto, teniendo al enemigo léjos y distraido, y vuestras fuerzas y las de vuestros aliados reunidas alrededor.» *Du Plessis* alega todavía un motivo más, que es como un presentimiento de la lucha terrible que llenó la primera mitad del siglo XVII: «La guerra, no solamente es justa, sino necesaria, si no se quiere tener en el porvenir otra más peligrosa» (1).

La política de los hugonotes ha sido la de la Francia. Continuada por Enrique IV y Richelieu, le dió esa preponderancia ó esa dominacion, que es la única forma posible de la monarquía universal en la Europa moderna. Es la política de la conquista; no tratamos de justificarla. Sin embargo, es cierto que la ambicion de engrandecer un reino, hasta que alcance sus límites naturales, tiene una parte legítima y áun providencial, con tal que no sirva de pretexto á la pasion de la guerra. Á los hugonotes corresponde la gloria de haber vuelto la política francesa al camino indicado por la grandeza de la nacion. Pudiera decirse que atribuimos á la política lo que era simplemente una necesidad de situacion, y que si los hugonotes aconsejaron el combatir á la España, es porque

(1) DU PLESSIS MORNAY, *Memorias y Correspondencia*, t. II, p. 20 y sig. Discurso al rey Carlos IX para emprender la guerra contra los Españoles de los Países Bajos.

Felipe II era su enemigo mortal. Pero lo que prueba que entre los jefes del partido el interés de la nación predominaba sobre las pasiones religiosas, es que apenas eran más simpáticos á Inglaterra que á España. En la última carta que Coligni escribió á Carlos IX, dice «que los mayores enemigos que tiene el rey son y serán siempre el rey de España y la reina de Inglaterra, hagan lo que quieran en contrario; aconsejó al rey que no cesase jamás hasta haberlos aniquilado á ambos» (1).

Otra gloria estaba reservada á Coligni; inspiró su política al príncipe que debía ser su verdugo. La insurrección de los Países Bajos contra Felipe II daba á los reyes de Francia ocasión favorable de perjudicar á su más poderoso vecino. Es verdad que á la vez hacían la guerra á los hugonotes, y que Felipe II era su aliado en esta lucha; pero estas contradicciones no han detenido jamás á la monarquía francesa; desde Francisco I hasta Richelieu, fué aliada de los protestantes en el extranjero, á la vez que los perseguían en el interior á sangre y fuego. Esta era una política verdaderamente maquiavélica. La corte de Francia suministraba subsidios considerables á los insurrectos, reanimaba el valor de Guillermo el Taciturno, cuando estaba próximo á desfallecer, y en Madrid excitaba al rey contra el príncipe de Orange, «conjurándole por el honor de Dios y de su Iglesia á que no hiciese jamás la paz con él» (2). Tenían razón los Alemanes en decir: «Por parte de la Francia no hay más que mentiras y engaños» (3). Coligni quiso reemplazar esta política de fraude por una alianza leal con los insurrectos de los Países Bajos y con la Inglaterra contra España. Adquirió una extraña influencia en el ánimo de Carlos IX; el rey llamaba al jefe de los hugonotes su padre, y no atendía más que á él. Se han explicado estas relaciones amistosas, atribuyéndolas á hipocresía consumada del joven monarca. Esto es calumniar á un príncipe, sobre el cual pesa una responsabilidad bastante terrible para que haya necesidad de inventarle

(1) Carta de Catalina de Médicis á Fenelon, embajador de Francia en Londres (*Correspondencia de LA MOTHE FENELON*, t. VII, p. 343).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. IV, p. XXII, XLI y suplemento, p. 18.

(3) Carta de W. ZULEGER al Conde Luis de Nassau (*IB.*, t. IV, p. 31).

crímenes. Que Carlos IX haya dado oídos á los consejos de Coligni, ¿y qué más natural? El almirante le daba un medio cierto de quebrantar el poder de España y de elevar sobre sus ruinas la grandeza de la Francia: era preciso hacer abiertamente y con todas sus fuerzas lo que se hacía en secreto y con medios insuficientes. Carlos IX abundó en aquellos grandes designios; púsose en relación con los protestantes de Alemania y con la reina Isabel. No se trataba ya de intrigas y de sordas maquinaciones, sino de una liga formal, dirigida contra la casa de Austria. Reanudó hasta sus relaciones con la Turquía: el sultán se comprometió á apoyar á la Francia con su flota (1). Los insurrectos de los Países Bajos recibieron la seguridad de que el rey estaba decidido «á emplear las fuerzas que Dios había puesto en sus manos para sacarlos de la opresión bajo que gemían» (2). Carlos IX tuvo una entrevista con el conde de Nassau algunas semanas antes de la noche de San Bartolomé; se mostró en ella determinado á arrancar los Países Bajos á Felipe II, y dispuesto á dar la libertad religiosa á sus propios súbditos (3). Formábase ya un ejército; el duque de Alba, inquieto, pidió explicaciones; el gobierno negó como de costumbre, pero aquella mentira diplomática no le impidió continuar sus preparativos.

Sin embargo, Carlos IX experimentaba alguna duda; hubiera querido asegurarse del concurso de Inglaterra antes de comenzar las hostilidades. Isabel estaba dudosa entre el deseo de socorrer á los insurrectos para debilitar el terrible poder de Felipe II, y el temor de que los Países Bajos, libres del yugo de la España, cayesen bajo el de la Francia. Los Ingleses preferían que los Belgas conquistasen por sí mismos su libertad; temían que la Francia, si era ella quien libraba á los Países Bajos, no les dejase gozar largo tiempo de su independencia; ahora bien, la reunión de la Bélgica á la Francia era temida por la Inglaterra como un peligro para su existencia; el embajador inglés declaró á Colig-

(1) SULLY, *Economías reales, políticas y militares*, t. I, p. 74 (ed. de Amsterdam).

(2) Carta de Carlos IX al Conde de Nassau de 27 de Abril de 1572. (GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. II, p. 269, nota 2.)

(3) WALSINGHAM, *Cartas y Negociaciones*, p. 136, 138 y sig.

ni, «que ella» no podía consentirlo á ningun precio (1). Coligni contestó que el embajador inglés tenía razon; para calmar las inquietudes de la Inglaterra, le prometió una parte de los Países Bajos, parte que sería por lo ménos tan importante como la de la Francia. La idea del reparto halagaba á todas las ambiciones; los príncipes de Alemania, que temían igualmente la grandeza de la Francia, y que no veían en la revolucion de los Países Bajos más que un interés de príncipes, propusieron abandonar á la Francia Flándes y el Artois, que le habían pertenecido en otro tiempo; la Holanda y la Zelanda serian cedidas á Inglaterra, y las demás provincias formarían un principado para la casa de Orange (2).

Sobre estas bases negociaba en París el hábil Walsingham: tratabase «de una perpétua y eterna amistad entre Inglaterra y Francia.» Esto era nada ménos que una revolucion política. En efecto, Inglaterra había sido siempre aliada de la casa de Borgoña, y esta alianza era dirigida contra la Francia. El embajador inglés nos dice las razones por qué proponía á su gobierno el romper los lazos tradicionales y anudar otros nuevos: «La casa de Borgoña ha sido, hasta estos últimos tiempos, inferior á Inglaterra, y por consiguiente, ha dependido de ella; hoy que está unida á la casa de Austria, es tan poderosa, que de inferior se ha hecho superior, de buena y pacífica vecina, una potencia peligrosa y ambiciosa; algun dia lo experimentaremos si no tomamos precauciones muy pronto.» Walsingham confiesa que la alianza francesa no será tan beneficiosa á Inglaterra como era la union con la casa de Borgoña; pero lo que le decide son los intereses religiosos: «La casa de Austria es la protectora del papa y la enemiga declarada del Evangelio, por cuya extirpacion trabaja sin descanso. Puesto que profesamos el Evangelio, debemos oponernos á ella. Entrando en liga con la Francia, haremos adelantar al Evangelio, no solamente aquí, sino tambien en otras partes. Así, pues,

(1) ELLIS, *Letters*, segunda serie, t. III, p. 5 (del 17 de Junio de 1572): «*That of all other things we colde least lyke that Frawnse shulde command Flawnders, for ther in we dyd see aparawntlye the greatness of our dainger and therefore in no wayse colde suffer it.*»

(2) WALSINGHAM, *Cartas y Negociaciones*, p. 143.

áun cuando esta liga nos traiga ménos ventajas en lo temporal, el fruto que podemos sacar en lo espiritual, creo que merece que tomemos este partido» (1). El interés religioso era al mismo tiempo un interés político, porque fortificar la Reforma era debilitar á Felipe II y consolidar el poder siempre disputado de Isabel. Walsingham tenía, pues, razon en decir, «que era preciso dar gracias á Dios que presentaba á los Ingleses una buena ocasion, tanto para el aumento de su gloria como para la seguridad de la reina.»

N.º 3.—*Negociaciones con Inglaterra.*

La liga iba á celebrarse cuando la noche de San Bartolomé extendió el horror del nombre frances por todos los países protestantes. Produjo el efecto de un rayo en los insurrectos de los Países Bajos; el príncipe de Orange se creyó perdido, porque toda su esperanza, decia, estaba por parte de la Francia (2). Los contemporáneos han creído que aquellas horribles matanzas eran el fruto largamente premeditado de una conspiracion real. No hay nada de esto; aquella sangrienta jornada fué una venganza católica y no un golpe de Estado de la monarquía. Si Carlos IX se hubiese propuesto exterminar á los reformados, hubiera debido, despues del 24 de Agosto de 1572, cambiar de política, romper con la Alemania protestante y con Isabel para arrojarse en brazos de Felipe II. Ahora bien, el rey de Francia fué despues de la noche de San Bartolomé lo que había sido ántes, el celoso rival de la casa de Austria y el aliado de los protestantes: «Teme, escribe, que si Felipe II somete los Países Bajos, nadie tendrá el atrevimiento ni el poder de oponerse á los designios de la casa imperial, la cual dará al fin la ley á toda la cristiandad» (3). Carlos IX reanudó las negociaciones con los insurrectos. Éstos, abandonados por Isabel, se vieron obligados á tratar con el matador de sus

(1) WALSINGHAM, *Cartas y Negociaciones*, p. 135 y sig.

(2) GROEN VAN PRINSTEREE, *Archivos de la casa de Orange* (t. IV, p. 211).

(3) Carta de Carlos IX á su embajador en España, de 17 de Marzo de 1573. (GROEN VAN PRINSTEREE, *Archivos de la casa de Orange*, t. IV, Suplemento, p. 33.)

hermanos, y á ofrecerle hasta la soberanía de los Países Bajos; pero tuvieron cuidado de estipular que el rey «permitiría la religión libre en su reino sin engaño, ni fraude, ni artificio»; pidieron que esto fuese confirmado por los Estados del reino y los Parlamentos, que la confirmación fuese entregada en manos de los príncipes protestantes de Alemania, con promesa de hacerla observar por todo el reino sin artificio alguno» (1): Estas precauciones injuriosas, acumuladas en una sola cláusula, prueban cuán profundas eran las desconfianzas. La negociación no dió resultados.

Lo mismo sucedió en Inglaterra. Carlos IX protestó después de la noche de San Bartolomé que nada deseaba tanto como ser cada vez más amigo de Isabel; pero la confianza se había destruido. Walsingham mismo tuvo escrúpulos y dudas: «Estoy persuadido ahora, escribe, que lo que el rey de Francia dice y lo que piensa son dos cosas bien diferentes» (2). Desconfiando de la Francia, Isabel se acercó á España; se celebró un tratado de comercio entre los dos Estados. Felipe II se hacía el humilde en Londres para indisponer á Inglaterra con Francia (3). Pero había entre la reina y el rey de España razones de enemistad demasiado capitales para que fuese posible una alianza política. A despecho de la desconfianza que inspiraba la matanza del 24 de Agosto, los intereses comunes de la Francia y de la Inglaterra hicieron volver á emprender las negociaciones. Se sabe que Isabel, aunque muy decidida á no casarse jamás, entretuvo al duque de Anjou con un proyecto de matrimonio. En el fondo de aquellas negociaciones había un pensamiento serio, la idea de una alianza política contra España. La reina hizo la proposición; escribió á su embajador: «Pediréis que en adelante nos y el rey estemos unidos toda nuestra vida en cuerpo y alma para el mantenimiento de nuestro rango, de nuestras personas, de nuestros Estados, de nuestras dignidades, de tal suerte que nos y el rey seamos en el porvenir

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange* (t. IV, p. 119 y sig.).

(2) WALSINGHAM, *Cartas y Negociaciones*, p. 282, 357.

(3) *Correspondencia de LA MOTHE FÉNELON*, 9 y 15 nov. 1572 (t. V, p. 196, 200).

amigos de nuestros amigos y enemigos de nuestros enemigos» (1). Isabel se comprometía á socorrer por bajo cuerda al duque de Anjou en los Países Bajos, y al pretendiente Antonio en Portugal (2). Las negociaciones, continuadas en tiempo de Enrique III, fracasaron, porque la reina, aún queriendo una liga ofensiva y defensiva con la Francia, se negaba á romper abiertamente con Felipe. Consentía en hacerle la guerra bajo cuerda, pero en vano trataron sus ministros de inspirarle una resolución más franca y decisiva; no quería oír hablar de una guerra declarada (3). Isabel, que parece tan grande á distancia, tenía una irresolución y una pequeñez que desesperaba á sus representantes. Walsingham se quejaba amargamente de ello: «Cuando se habla á su majestad de casarse, parece que quiere una liga, y cuando se le pide dinero para la liga, vuelve á lo del matrimonio» (4). Walsingham, que gastó su propia fortuna en servicio de su señora, estaba indignado de su tacañería, cuando se trataba del interés de la Inglaterra y de la cristiandad; se atrevió á escribir á Isabel misma: «Es chocante que en todas las instrucciones que he recibido en el curso de la presente negociación, he tenido orden especial de no consentir en nada que produjera gastos..... Recuerde vuestra majestad, yo se lo ruego, que la economía ha perdido á la Escocia. ¡Dios quiera que esta misma economía no os ponga también en peligro de perder la Inglaterra!» (5).

Los temores de Walsingham estuvieron á punto de realizarse; en el momento en que escribía, Felipe II hacía los preparativos de la armada invencible. Si Isabel hubiera contraído con la Francia la liga ofensiva que tanto le aconsejaban sus ministros, hubiera precavido la invasión del rey de España; verdad es que la Inglaterra se salvó, pero debió su salvación á las tempestades y al valor de sus marinos. ¿Por qué se resistió la reina á las instancias de

(1) WALSINGHAM, *Cartas y Negociaciones*, p. 416.

(2) Carta de Burleigh á Walsingham, 11 de Agosto 1573. (WALSINGHAM, página 437.)

(3) WALSINGHAM, *Cartas y Negociaciones*, p. 440, 463.

(4) Carta de Walsingham á Burleigh, 20 de Agosto de 1581. (WALSINGHAM, p. 473.)

(5) Carta de Walsingham á la reina, 2 de Setiembre de 1581. (WALSINGHAM, p. 489.)